



HEMEROTECA MUNICIPAL  
MADRID

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

OCTUBRE N.º 43 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRIO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que nos den el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenezca.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

El embajador, por F. F. V.—A Maria, poesía, por Antonio Valbuena.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Isabel, por M. C.

## EL EMBAJADOR.

(CONCLUSION.)

—¡El rey!..... ¡el rey!

Efectivamente, al escuchar estas palabras todos se apartaron cediendo el paso al mismo Muley, que seguido de su guardia llegó hasta los contendientes. Los abencerrajes se retiraron al instante, los zegríes envainaron sus aceros, murmurando en voz baja, y solo don Juan y su rival permanecían frente a frente, en profundo silencio y con las armas en la mano. Una indicación de Muley bastó para que el zegri rindiese el arma a los pies de su soberano, a quien, aunque no le pesaría que humillasen al embajador enemigo, todavía conoció que era deber de su

política el evitar tan loca querella que pudiera ocasionar fatales resultados. Viendo a don Juan poco dispuesto a imitar la acción del moro, le dijo afablemente.

—Señor caballero, no os empeñéis en sostener un funesto combate. Por el contrario, ofrecedme también vuestra espada, dando así a entender que os poneis bajo mi protección. Ella os protegerá aquí mejor que pudieran hacerlo vuestras armas.

La espada de don Juan la recibió Muley como un regalo y no se la quiso devolver. El conservar un recuerdo de este suceso, tan oportunamente terminado por su intervención, inspiró sin duda este deseo al rey moro, que entregó a don Juan, al tiempo de su partida, una cimitarra morisca de fino acero damasquino, con empuña dura de marfil labrado y vaina de cordobán carmesí con filigranas de plata. Acepto el con gusto un cambio tan honorífico y ventajoso, diciendo estas palabras al monarca.

—Vuestra alteza, señor, me regala un arma muy preciosa y muy cortante: espero que llegará el día de manifestar que sé servirme de ella.

III.

Apenas el señor de Vera se incorporó a su pequeña escolta de hombres, que impacientes le



esperaban, cuando todos juntos dieron la vuelta hacia sus tierras, poco satisfechos del resultado de su mensaje. Platicando iban por qué parages, emprenderían su ruta, para no pasar cerca de alguna fortaleza morisca que no hubiera dejado de enviarles alguna granizada de flechas, pues desde la notable respuesta del rey moro, y los últimos acontecimientos, ya podían mirarse como rotas las hostilidades. En esto oyeron á poca distancia pisadas de caballo y volviendo la cabeza, vieron venir un moro al galope por el camino en que se encontraban. Fácilmente reconoció en él don Juan, al infiel con quien había tenido la reyecta en el patio de la Alhambra. Aquel moro poseído de los sentimientos rencorosos é implacables de su raza, sin olvidar ni ver satisfecha la pública afrenta que había recibido, creyó que á él pertenecía buscar la satisfacción personal, saliendo á el alcance del cristiano hasta un sitio en que su rey no pudiera tan pronto interrumpirlos. Para comprender esta conducta del moro, es preciso recordar que en los habitantes de Granada estaba ya perdida aquella ferocidad característica de los hijos del desierto y reemplazada por el perdón y sentimientos caballerescos de los guerreros orientales, muy difundidos en toda la península. Por esta causa el altivo zegrí no hizo mas que ajustarse una fuerte coraza dorada sobre el mismo traje que llevaba en la corte, cambiar su turbante por otro con almete de acero, y montando en su caballo de batalla, salió al galope á la vega, sin mas idea que la de alcanzar á su enemigo, sin mas designio que el de lograr pronta venganza.

Así que divisó á don Juan y estuvo á una distancia suficiente para que le oyese, gritó:

—Aguarda, caballero, aguarda. Tú que sabes consultar en los palacios, veamos también si sabes combatir en la llanura.

Don Juan volviéndose á los suyos, les dijo:

—Dejadme solo con él. Su fatalidad le trae á su ruina.

Recordó interiormente á la Virgen que era su causa la que iba á defender, y bajando su lanza partió inmediatamente contra el moro. Avínole bien esta impetuosidad y premura, por que quitó gran parte de la carrera al caballo del moro que sobre ser mas poderoso estaba mas descansado. El primer choque fué terrible, ambos campeones se acertaron de lleno, pero ninguno saltó de la silla por que ambos eran vigorosos y estaban bien resguardados. Quebráronse las lanzas y don Juan perdió el escudo, quedándole el brazo adormecido del golpe, y el caballo del moro, mal parado del encuentro, se desbocó sin que su amo,

casi doblado sobre el arzon trasero, pudiese contenerle en aquellos primeros instantes. Así recorrió algun trecho de la campiña, hasta que enderezado sobre la silla y manejando diestramente la brida, volvió el corcel hacia el cristiano que sobre él sacudia la cimitarra de Muley. Pronto echó de ver el buen temple de aquel arma, cuya superioridad, queriendo evitar el Zegrí, hizo el riesgoso movimiento usado en los combates para precipitar al contrario arrancándole de la silla. Entoces perdió el equilibrio, y un golpe dado con fuerza y oportunidad le hizo caer el primero en tierra, donde, antes que pudiera incorporarse, se encontró con la rodilla del cristiano puesta sobre su pecho y allí le dió el golpe mortal.

Don Juan ufano con los despojos del vencido, se apresuró á salir cuanto antes de aquel territorio, dando triunfante la vuelta á su país.

Esta fué la primera sangre vertida en la vega de Granada, para sancionar el rompimiento de la tregua, y ser causa de una guerra de diez años entre dos naciones enemigas irreconciliables. Todas las fuerzas de España cristiana concentradas por las poderosas manos de Fernando y de Isabel, persiguieron y encerraron dentro de la orgullosa capital de Andalucía á toda la infiel población de las campiñas. Larga fué la lucha, obstinada, y fecunda en hazañas increíbles y portentosos hechos de armas: como que en ella, además de los recursos del arte militar que la época permitía se desplegó también cuanto puede sugerir de atrevido y heroico el entusiasmo nacional y el sentimiento religioso. Apesar de todo, sin las contiendas populares, sin las pasiones tan exaltadas y enérgicas que fomentaban la division mas deplorable, en el momento decisivo en que era mas necesario reunir todas las fuerzas en defensa de la causa comun, todavia no hubieran logrado las armas victoriosas de los españoles triunfar tan pronto como triunfaron de aquel último baluarte de los moros de España.

F. F. V.



## À MARÍA.

### TRISTEZAS DE OTOÑO.

#### I.

Ya llegó el Otoño triste  
y á su cansada flaqueza  
nada en el mundo resiste:  
fúnebre cendal se viste  
toda la naturaleza.

Las galas de verde manto  
con que se adornaba el monte,  
perdido el primer encanto  
estienden á mi quebranto  
un amarillo horizonte.

Las flores del campo bellas  
pálidas fueron cayendo,  
y sin oír sus querellas,  
el viento marchó con ellas  
vagos rumores moviendo.

Las hojas de la arboleda  
que agitaba el aura leda,  
rodando entre el cieno van;  
nada en los árboles queda,  
batidos del huracán.

Y los pajizos sembrados,  
y los racimos dorados,  
y las flores del jardín  
y las yerbas de los prados,  
todo ha llegado á su fin.

Del Sol al pálido rayo  
se estremece el corazón,  
y grita allá en su desmayo:  
«¿dónde está la creación  
tan bella como era en Mayo?

¡Ay, Virgen! desconsolado  
con la amarga realidad,  
corro hacia ti, y á tu lado  
busco el contento y la paz  
que este mundo me ha negado.

Ya no me dará tristeza  
toda la naturaleza,  
ni marchita ni pomposa;  
¿qué me importa su belleza  
cuando eres Tú tan hermosa?

#### II.

Llegó el otoño marchito  
con su proverbial tristeza,  
duelo sembrando infinito,  
y apenas lanza un grito  
toda la naturaleza.

Huyó de aquí el ruiseñor  
de gajo verde matiz,  
hermoso como una flor,  
y el jilguero encantador,  
y la rubia codorniz.

La graciosa golondrina  
que en la primavera trina  
sobre el hierro del balcon,  
ha llevado á otra región  
su garganta peregrina.

La que en Mayo blandamente  
murmuraba, fresca fuente,  
bajando del monte al hoyo,  
al convertirse en arroyo  
se ha convertido en torrente.

Al cierzo de la montaña  
choca el pino con la caña  
en ágrío y roco crugir,  
sin que puedan resistir  
del cierzo la ruda saña.

Los suspiros de dulzura  
del aura de aromas llena,  
no encantan ya la espesura;



la voz solo ronca y dura  
del Noto, en las ramas suena.

Regalados mis oídos  
con dulcísimos sonidos  
que no es posible contar...  
¡Ay Madre! ¡Habrán de escuchar  
solo acentos doloridos?

En tan pesada amargura  
solo calmar mi dolor  
puede tu amor, Virgen pura...  
¿qué me importa esa dulzura  
siendo tan dulce tu amor?...

### III.

Lánguido el Otoño avanza  
con su aterida tristeza  
que hasta el corazón alcanza,  
y un ¡ay! desmayado lanza  
toda la naturaleza.

Séres del alma queridos,  
al corazón tan unidos  
por la sangre ó la amistad,  
dejan mis ojos perdidos  
en terrible soledad.

Ayer, sencillos, contentos,  
en dulces divertimientos  
y en inocentes placeres,  
gozaban aquellos séres  
que arrastran mis pensamientos

Ayer estaban aquí,  
por este valle anduvieron,  
y luego partir les ví  
y ví por donde se fueron  
y ¡ay! triste los despedí.

¿Qué haré solo y apartado  
en esta áspera region

vecina del Norte helado?  
¡Parece que me han llevado  
la mitad del corazón!

¡Ah! por tu amor, Virgen bella,  
mas que la postrera estrella  
que se oculta ante la aurora,  
con blando bálsamo sella  
la pena que el alma llora.

Yo busco, Madre divina,  
el consuelo á mi aflicción  
en Tí, de amor rica mina;  
halle en tu amor medicina  
el herido corazón.

Ya de tu manto al abrigo  
mis sentimientos te inmolo  
y mi soledad bendigo...  
¿qué importa quedarme solo  
Si tú te quedas conmigo?

Antonio de Valbuena.

## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(Continuacion.)

En el inmundo recinto de una cárcel: enflaquecida por los sufrimientos, por el mal trato y por el dolor, se hallaba aun Mercedes, cuya inocencia no habia podido probarse, y cuya causa seguía con mas actividad de lo que podía esperarse, pues las instancias y las protestas de Castro, en los primeros momentos, y el nombre del coronel Esteban, á quien todos miraban con respeto y distincion, habia hecho que la indignacion de la justicia deseara castigar ejemplarmente aquel abuso de confianza.

¡Ay! es verdad que todos, al fijarse en el crimen, no se habian fijado en la criminal, á quien nadie conocia, y cuyo aspecto solo hubiera bastado á interesar á los jueces en su favor.

Nadie sabia tampoco, que el noble anciano á



quien habian acusado tambien, habia muerto de pesar y de vergüenza, dos dias despues de llevar sobre su nombre la marca de los delinquentes.

Nadie sabia que una pobre niña, enferma, débil, moribunda, habia quedado abandonada en el lecho del dolor, donde hubiera sucumbido al peso de la desgracia, si una mano bondadosa y caritativa, no hubiese venido á tenderse hácia ella, llevándola el consuelo, llevándola la compasion.

Nada de esto habia llegado á oidos de los que debian sentenciar aquella causa, porque todo habia sido uno de esos dramas tan secretos como dolorosos, sobre los cuales el pudor del infortunio tiende un ancho y oscuro velo, tan espeso y tan impenetrable, que no deja traslucir ni los hechos, ni las figuras.

Por otra parte, la conducta de Mercedes, que se habia obstinado en callar ó en confesar la verdad del delito, como una víctima voluntaria, no dejaba lugar á dar una solucion favorable á la suerte que la aguardaba.

La pobre mujer se hallaba pues, en un estado que en vano trataríamos de describir: pálida, adelgazada, con los ojos hundidos y turbados por las lagrimas, sin fuerzas, sin animacion, sin esperanzas, habia cambiado tanto, que hubiera sido imposible reconocerla, aun á las personas que mas la amaban, aun quizá á los que la habian tratado poco antes de su prision y su desgracia.

Luisa no la habia visto en muchos dias, Marta, por un exceso de cariño y prevision, habia querido evitarla aquel dolor, y la jóven ignoraba el sitio donde se hallaba su madre.

Con una piadosa mentira, se la habia hecho creer que ya estaba libre, pero que se hallaba ausente algunos dias, por retardar, hasta que ambas estuviesen mas fuertes y restablecidas, las emociones dolorosas de aquella primera entrevista. La pobre niña todo lo habia creído, le habia dado entera fé á todo. ¡Era tan sencilla, estaba tan poco abezada á la mentira, y sobre todo, tenia tanta confianza en su protectora, que ni por un instante se le ocurrió el poner en duda sus palabras!

No opuso, pues, la menor resistencia á esperar, para ver á su madre, á que transcurriesen algunos dias, y esto hizo mas completa la soledad de la pobre Mercedes. Por otra parte, Marta que la proporcionaba consuelos, que le proporcionaba alimentos que procuraba en fin por todos los medios hacer menos penosa su situacion, abstraída con sus propios pesares, aturdida con el temor que le inspiraba Esteban primero, y despues con la incertidumbre y sobresalto que

le ocasionaba la resolucion que podia tomar su hijo, la habia olvidado casi, ó á lo menos no podia atender á ella en los momentos de amargura y contrariedad en que se encontraba.

Entre tanto, el tribunal que entendia en su causa la habia condenado á diez años de reclusion, y como nadie habia salido en su defensa, y como nadie habia abogado por ella, esta condena no habia tenido rebaja ni modificacion alguna, y la infeliz mujer solo esperaba que Dios, acortando su existencia, acortase el plazo de su suplicio.

Diez años de reclusion! Diez años respirando el fétido ambiente de una cárcel! diez años sin ver mas paredes que las que nos separan del resto del mundo, diez años sin tener mas hogar que el hogar del crimen, mas estancia que la mansion del delito, mas pan que el duro y negro, y escaso del cautiverio! diez años reclinando noche por noche la cabeza en un mismo lecho, sin recibir una caricia, ni una bendicion de los hijos de su alma! ¡Oh! esto era terrible, tan terrible, que Mercedes creyó morir cuando la notificaron aquella sentencia, y sin embargo, ni una palabra, ni una queja habia salido de sus labios. Solo cruzó las manos sobre el pecho, sintió rodar una lagrima por sus blancas mejillas, é inclinando la cabeza, invocó á Dios y murmuró el nombre de Julio.

¡Pobre madre!

¡Pobre mártir del amor maternal! ¡que pocos consuelos tenia en medio del dolor que la causaba su sacrificio!

Y sobre todos sus pesares, sobre todos sus amarguras, sentia la amargura inmensa de verse separada de Luisa, cuya suerte confiaba á Dios, y la amargura, mas inmensa aun, de ver el abandono y el olvido de Julio, cuya ausencia no habia podido llegar á su noticia.

Su alma oprimida, y desesperada y sola, solo experimentaba un consuelo.

El de elevar al cielo sus plegarias, el de comunicarse con Dios en sus fervientes oraciones, y con aquel esposo digno y respetado, que habia sido su sosten en el mundo, y á quién ahora rogaba que la amparase desde el cielo.

¡Oh! si no existiese la religion, si por ella no supiésemos que nuestra alma es libre, que lo mismo desde un elevado trono que desde un profundo calabozo puede batir sus alas, y alzar su ruego hasta los piés de Aquél que escucha al triste, que acoge al desamparado, ¡de cuantos consuelos y de cuantas esperanzas careceríamos en el mundo!

Y ¿qué hubiera hecho Mercedes, qué hubiera hecho aquella infeliz mujer, tan desgraciada y



tan abatida, si no hubiera invocado á Dios, un día en que vinieron a decirle que iban á trasladarla á la cárcel de una ciudad de provincia con otra porcion de mujeres penadas? ¿Que hubiera hecho?

¡Oh! nosotros no podemos adivinarlo, porque en los pesares y las desesperaciones de la vida, siempre hemos tenido el consuelo de alzar al cielo una mirada, y la desesperacion y el abatimiento no han tenido cabida en nuestro pecho! Esto tambien fué lo que sostuvo á Mercedes sin duda, cuando no murió; cuando no sucumbió á la idea de salir de la cárcel, á pié, mal vestida, confundida con una porcion de mujeres salidas de la hez de la sociedad, sirviendo de espectáculo á una porcion de gentes, que donde quiera se agruparian al verlas pasar, y tener que marchar así, cruzando las ciudades, atravesando los caminos, con hambre, con frio, transida de cansancio, dócil á la voz de sus conductores que le dirian ain cesar, *anda*, y tendria que seguir aunque le faltasen las fuerzas, aunque se viera próxima á morir! ¡oh! esto era horroroso, era el complemento del infortunio para aquella infeliz mujer.

Por desgracia, la orden fué tan rápida, que Mercedes no tuvo tiempo de comunicarla á Marta... digo mal, lo que no tuvo fué á quien encarar el cuidado de anunciárselo, pues el criado de la cárcel que otras veces habia tomado los recados para ella, estuvo enfermo y ocupado, de modo que no le vió en todo aquel día.

Y al siguiente debian partir!

Al siguiente, al amanecer, debian ponerse todas en camino para dirigirse á su nuevo destino.

¡Oh! que noche trascurió para la pobre Mercedes!

¡Si al menos hubiera visto á su protectora, á la mujer generosa que sabia todos sus secretos y á cuyo lado estaba Luisa!

¡Si al menos antes de alejarse hubiese podido suplicarla de rodillas que no abandonase á aquella hija de su alma, que no la desamparase nunca!

Si tan siquiera hubiese podido correr una vez sola, la última quizá, á despedirse y llorar sobre la modesta y olvidada tumba de su esposo, quizá se hubiera sentido mas aliviada, quizá hubiera tenido mas valor, pero ¡ay! que todos estos consuelos la estaban vedados, y Mercedes sufrió por ello tanto, que nos es imposible expresarlo con la palabra.

La aurora vino á disipar las sombras de la noche, sin poder alejar una siquiera de las densas sombras de su alma.

El sueño no habia descendido un solo momento á plegar los párpados, ni rozar con sus

misteriosas alas la encanecida cabeza de la pobre presa, que oyo descorrerse los cerrojos y dar las primeras órdenes de marcha, con el corazón oprimido y el alma estremecida de pesar.

Cuando ya el sol doró las torres mas empinadas de la coronada villa, unos doscientos presos entre hombres y mujeres, se hallaban en el triste y sombrío patio de la cárcel, tomando el rancho que les debia servir de alimento antes de partir.

Entre ellos estaba Mercedes.

Sus labios no se abrieron para probar aquel mezquino alimento, pero sus ojos estaban fijos con afán en la puerta.

Tal vez tenia esperanza de que para ella se revocase aun la orden, tal vez aguardaba que Marta lo habria sabido todo y no la dejaría partir!

Inútil idea, pensamiento engañoso!

El tiempo pasó lento y doloroso sin que nadie viniese en su ayuda, y al fin, moribunda, dolorida, llena de confusion y agoviada de vergüenza, tuvo que emprender la marcha, siguiendo á sus compañeros por las calles de la poblacion.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## ISABEL

(CONTINUACION)

Despojáronse para vestirla, y cada una la dió una parte de su propio traje. Isabel queria rehusar sus dones, porque les era necesario aquello con que la socorrian: pero enseñándola las paredes de su convento, la dijeron:

—Tenemos un abrigo, y vos no le teneis; lo poco que poseemos os pertenece; vos sois mas pobre que nosotras.

Por fin, Isabel emprendió el camino de Moscow, y se admiró del movimiento extraordinario que vió en él; del gran número de carruajes, de trineos, de hombres y de mujeres, de gentes de toda especie que afluan al parecer hácia esta gran capital: cuanto mas se adelantaba, mas se aumentaba la gente. En el pueblecillo donde se detuvo, encontró todas las casas llenas de personas que pagaban á tan alto precio una habitacion cualquiera, que la desgraciada que nada tenia que dar, no pudo sino muy difícilmente encontrar una. ¡ay! cuantas lagrimas derramó



al recibir con una compasion desdenosa un grosero alimento y un miserable abrigo, que apenas cubria su cabeza del furor de nieves y tempestades; pero no se sintió humillada, no olvidó que Dios era testigo de sus sacrificios, y que la felicidad de sus padres es el único objeto de ellos: pero no se enorgullecía tampoco: harto sencilla para creer que sufriendo todas las miserias por sus padres, hace mas que lo que es su deber, y demasiado sensible quizá para no encontrar un secreto placer en sufrir mucho por ellos. Sin embargo, el tañido de las campanas resuena, por todas partes oyó Isabel muchas voces aclamar al emperador.

Cañonazos disparados desde Moscow la espantan: jamás tal estampido habia herido su tímpano. Con tímida voz preguntó la causa de ello á gentes cubiertas de una rica librea, que se apiñaban al rededor de un carruaje volcado.

—Es sin duda el emperador que entra en Moscow, la dijeron.

—¿Cómo, replicó ella con sorpresa, no está el emperador en Petersburgo?

Encogiéronse de hombros con aspecto de piedad, respondiéndola:

—¿Qué! pobrecilla, ¿no sabes que Alejandro viene á coronarse á Moscow?

Junto Isabel las manos con trasporte: el cielo la socorria: enviaba delante de ella al monarca de quien pendia la suerte de sus padres; permitia que llegase en uno de esos tiempos de regocijo nacional, en los que en la corte de los reyes se calla el rigor y la justicia, para no escuchar mas que la clemencia.

—¡Ay! exclamó volviéndose hácia las montañas del desierto: padres míos, es preciso que mis esperanzas no sean mas que para mí; y que cuando vuestra hija es feliz, su voz no pueda llegar hasta vosotros!

Entró en Marzo del año 1801, en la inmensa capital de la Moscovia, creyendo que habia llegado al término de sus penas, é imaginando no tenia nuevas desgracias que temer.

Avanzando en el interior de la ciudad, vió soberbios palacios, decorados con una magnificencia real; y al lado de estos, covachas ahumadas, abiertas á todos los vientos: vió en seguida calles tan populosas, que apenas podia marchar en medio del tumulto que la rodeaba por todas partes.

Á muy poca distancia vió bosques, campos, y se creyó en la campiña: descansó un momento en un gran paseo: era ante una calle de olmos: que se asemejan mucho á los tilos. Paseábanse por ellas un número infinito de personas, hablando de la ceremonia de la coronacion; car-

ruajes iban y venian: se cruzaban en todas direcciones, con un gran estruendo; las enormes campanas de la catedral no dejaban de tañir; respondian las otras campanas de la ciudad; y el cañon que sonaba á intervalos, se oía apenas en medio del ruido que habia en aquella vasta ciudad.

Aumentábase el ruido al aproximarse á la plaza del Kremlin, donde se habian encendido grandes fuegos.

Isabel se aproximó á ella y se sentó tímidamente. Estaba aterida de frio, y fatigada: habia andado todo el dia, y la alegría de la mañana empezaba á cambiarse en tristeza; porque al recorrer las innumerables calles de Moscow, habia visto casas magníficas, pero no habia encontrado un protector: muchas personas preguntaban el camino que debian seguir; y envidiaba su suerte. «¡Felices, decia, los que tienen algo que buscar! solo la desgraciada carecia de asilo: no lo buscaba y no se perdía.

Sin embargo, la noche se aproximaba, y el frio era mas intenso: la pobre Isabel no habia comido en todo el dia: no sabia que hacer, y trataba de leer en todos los semblantes si encontraría uno que la compadeciese; pero aquella gente que miraba con atencion porque los necesitaba, ninguno la miraba, porque para ellos nada suponía.

Atreviése á llamar á las casas mas pobres: en todas partes la rechazaron: la esperanza de una gran ganancia durante las fiestas de la coronacion, habia endurecido el corazon de sus dueños, y le habia hecho sordo á la voz de la caridad: nunca está el hombre menos dispuesto á dar, que cuando vé que va á enriquecerse.

La jóven volvió á sentarse al fuego de la plaza de Kremlin: lloraba en silencio, oprimido el corazon, y no teniendo ni aun fuerza para tomar un pedazo de pan que la habia dado una anciana por compasion. Vióse reducida al extremo de tener que tender la mano á los pasajeros, para obtener una limosna de ellos.

En el momento de hacerlo, un movimiento de orgullo la detuvo; pero era el frio tan violento, que si pasaba la noche al raso arriesgaba la vida, y esta no la pertenecía. Esta idea domó la altivez de su corazon; aplicando una mano á sus ojos, y tendiendo la otra al primero que pasaba, la dijo:

—En nombre del padre que os ama y de la madre que os dió el sér, dadme con que pagar una posada por esta noche.

El hombre á quien se dirigió, la miró con curiosidad al reflejo del fuego.



—Jóven, la respondió, tienes muy mal oficio, ¿no puedes trabajar? A tu edad deberías saber ganarte la vida. Dios te ayude; no me gustan los mendigos; y pasó adelante.

La desgraciada levantó los ojos al cielo como para buscar un amigo allí: fortificada por la voz consoladora que se levantó en su corazón, repitió su demanda á muchas personas. Unas pasaron sin oírla siquiera; otras la dieron una limosna tan insignificante, que apenas bastaba para cubrir sus necesidades.

Como avanzaba la noche y la gente se retiraba, la guardia que velaba á las puertas del palacio y que rondaba por la plaza, se dirigió á ella y la preguntó, por qué se quedaba allí.

El aspecto terrible y salvaje de aquellos soldados la aterrorizó, anegose en llanto, sin tener valor para responderles una sola palabra. Poco conmovidos los soldados de su llanto, la rodearon, repitiendo su pregunta con una insolente familiaridad.

La jóven respondió entonces con una vez trémula:

—Vengo de mas allá de Tobolák á pedir al emperador el perdón de mi padre; he andado todo el camino á pié; y como nada poseo, nadie me ha querido recibir.

Á estas palabras se echaron á reír los soldados, tratando de impostura lo que había referido. La inocente criatura, vivamente alarmada, quiso escaparse, pero no se lo permitieron; y la detuvieron á su pesar.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh padre mío! exclamó con el acento de la profunda desesperación; ¿no vendreis á mi socorro? ¿Habeis abandonado á la pobre Isabel?

Durante aquel altercado, la gente del pueblo, atraída por el rumor se había reunido en grupos, y dejaba escapar murmullos de desaprobación contra la dureza de los soldados. Isabel tendió los brazos hácia ellos, gritando:

—Juro á la faz del cielo que no he mentado: vengo á pié, desde mas allá del Tobolák, á pedir el perdón de mi padre al emperador: salvadme, salvadme, y que no muera al menos hasta haberlo obtenido.

Estas palabras conmovieron á todos los corazones; muchas personas se adelantaban á socorrerla; y una de ellas dijo á los soldados:

—La posada de San Basilio, que está situada en la plaza, me pertenece. Voy á hospedar á esta jóven; parece honrada; dejadla venir conmigo.

Los soldados conmovidos un tanto, por último no la retuvieron mas, y se retiraron.

Abrazó Isabel las rodillas de su protector; la

levantó y la condujo á su casa, que estaba algunos pasos de allí.

—No tengo un solo cuarto que darte, todos están ocupados; pero por una noche mi mujer te recibirá en el suyo; es buena, y se incomodará sin dificultad para que la quedes agradecida.

Isabel trémula le siguió sin proferir una palabra. La introdujo en una pequeña sala baja, en la que había una jóven con un niño en los brazos, calentándose al lado del fuego; al verla se levantó.

Refirióle su marido el peligro de que había arancado á aquella desgraciada, y la hospitalidad que en su nombre la había prometido.

La jóven confirmó la promesa; y asiendo la mano de Isabel, la dijo con una sonrisa que revelaba suma bondad:

—¡Pobre niña, que pálida y agitada estás! Pero tranquilízate, os cuidaremos; otra vez evítad, creedme, el permanecer tan tarde en la plaza. A vuestra edad, y en las grandes ciudades, no se puede estar en las calles á esa hora.

Isabel respondióla, que no tenía ningún asilo; que la habían cerrado todas las puertas; confesó su miseria sin vergüenza, y refirió su viaje sin orgullo. La jóven lloró al escucharla, y su marido también; ni el uno ni el otro creyeron que su narración fuese falsa: sus lagrimas respondían de ello.

Las gentes del pueblo no se engañaron respecto de esto; las ficciones no están á su alcance, la verdad solo les entenece.

Cuando concluyó, Jacobo Kasi, el posadero, la dijo:

—No tengo mucho crédito en la ciudad: pero estad segura que haré por vos lo que hubiera hecho por mí.

La jóven estrechó la mano de su marido en señal de aprobación y preguntó á la jóven si conocía á alguno que pudiese presentarla al emperador.

—Nadie, dijo, porque no quería comprometer al jóven Smoleff; además ¿cómo había de socorrerla si estaba en Livonia?

—No importa, respondió la jóven; para nuestro magnánimo emperador la piedad y la desgracia son las recomendaciones mas poderosas, y estas no os faltarán.

(Continuad)

M. C.